

DOS NOVELAS “ABULENSES” DEL SIGLO XVII

DE VICENTE, Alfonso

El siglo XVII abulense no ha gozado del mismo favor en la bibliografía local que otros períodos posteriores o, sobre todo, anteriores. Tras la edad media fundacional y el largo siglo de oro que parece culminar con los fastos del traslado de los restos de San Segundo a la catedral en 1594, la ciudad parece caer en un letargo del que solamente algún proyecto ilustrado o capitalista quiere hacerle salir, hasta casi mediados del siglo XX. Es cierto el receso demográfico o la emigración de la nobleza¹, así como la ausencia de figuras históricas de relieve mundial o nacional, o también las escasas manifestaciones artísticas de primer orden, si se exceptúan las iglesias de San José o de Santa Teresa con sus retablos. Quizás por todo ello parece haber despertado menos interés entre los estudiosos y cualquier aportación, por marginal que sea, nos abre nuevas perspectivas².

Lo que aquí se presenta es la lectura de dos novelas cortas publicadas en Madrid en el siglo XVII y ambientadas -o por mejor decir, situadas, sobre todo en el caso de la primera de ellas- en la ciudad de Ávila. Hasta lo que sé, estas novelas han pasado desapercibidas por quienes se han ocupado de la presencia abulense en los textos litera-

¹ Serafín de Tapia, “Las fuentes demográficas y el potencial humano de Ávila en el siglo XVI”, *Cuadernos abulenses*, 2, julio-diciembre 1984, pp. 74-85.

² Una excelente síntesis de la situación puede verse en el capítulo introductorio de José María Herráez Hernández, *Universidad y universitarios en Ávila durante el siglo XVII. Análisis y cuantificación*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1994, pp. 37-45. Se trata, por otra parte, de una de las escasas monografías dedicada a un aspecto histórico de esta centuria.

rios. Ni el ya viejo libro de Marcial José Bayo³ ni el más ambicioso y malogrado de Benito Hernández Alegre⁴ hacen referencia a ellas. Tampoco la amplia nómina de escritos "abulenses" publicada por Ángel Barrios las incluye y quizás la segunda de ellas sí podría entrar dentro de sus amplios criterios⁵. Vienen así a sumarse a los más conocidas visiones literarias de la ciudad que ofreció el gran Lope de Vega en sus comedias dedicadas a San Segundo y Santa Teresa a comienzos del siglo XVII⁶.

Se trata de dos novelas cortas, género que, siguiendo el modelo cervantino, alcanzó enorme éxito en las décadas centrales del siglo XVII, especialmente entre los escritores madrileños o vinculados a Madrid; de ahí que se conozca también como novela cortesana. Hoy se prefiere el término de novela barroca y se rechaza el de corta; mas no es éste el lugar para esas disquisiciones. A diferencia de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, en donde la variedad temática es casi igual a su número, la mayor parte de sus seguidores eligieron un único y repetido argumento: la aventura amorosa. Los asuntos y las soluciones se repiten en un mismo autor y de unos autores a otros; así, situaciones no muy diferentes nos vamos a encontrar en las dos muestras que aquí comentamos.

La lectura que aquí hago no es la de un historiador de la literatura o de las mentalidades. Por ello me limitaré a exponer el marco externo de las obras y hacer alguna sugerencia a modo de conclusión, con el único propósito de poner a disposición del erudito y del lector aficionado a "lo abulense" dos nuevas páginas que enriquezcan su saber o llenen su ocio.

Los primos amantes de Juan Pérez de Montalbán (1624)

En 1624 el impresor madrileño Juan González daba a la luz los *Sucesos y prodigios de amor en ocho novelas ejemplares* del licencia-

³ Marcial José Bayo Fernández, *Ávila en las letras (ensayo de recorrido histórico)*, Ávila, Institución Alonso de Madrigal, 1958.

⁴ Benito Hernández Alegre, *Ávila en la literatura*, Ávila, Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Ávila, 1984, 2 vol.

⁵ Ángel Barrios García, "Historiografía general abulense", en María Mariné (coordinadora), *Historia de Ávila. I. Prehistoria e historia antigua*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba – Caja de Ahorros de Ávila, 2^a ed., 1998, pp. XXXI-LXXXIX.

⁶ Fernando Delgado Mesonero, *Ávila en la vida de Lope de Vega (Lope capellán de San Segundo)*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1970, pp. 133-136.

do Juan Pérez de Montalbán, cuya séptima novela, titulada *Los primos amantes*, se situaba en la ciudad de Ávila. Hubo otras muchas ediciones en los siglos XVII y XVIII, y dos ediciones modernas, una a cargo de Agustín González de Amezua y otra de Luigi Giuliani⁷.

Juan Pérez de Montalbán (Madrid, 1602-1638) fue poeta, dramaturgo, novelista y ensayista, que se movió en el círculo de Lope de Vega, a cuya muerte publicó las necrológicas de la *Fama póstuma*, y fue víctima de los envenenados ataques de Quevedo. Al margen de su actividad literaria, Pérez de Montalbán se ordenó sacerdote en 1625, se doctoró en Alcalá en 1626 y fue notario de la Inquisición.

El comienzo de la novelita nos la sitúa en Ávila y es, a la vez, elogio retórico de la nobleza de la ciudad: "En la ciudad de Ávila, edificio que en grandezas y antigüedad no debe nada a cuantos se alistan en la jurisdicción de España, nació Laura de padres nobles (porque como las armas suelen dar principio a la nobleza, y en aquella ciudad ha florecido tanto la milicia, tuvieron sus pasados ocasiones bastantes para ilustrar con su propia sangre la que había de proceder en sus descendientes)". Poco más se dice de la ciudad en toda la obra, pues sólo vuelve a aparecer cuando el protagonista manifiesta ser natural de Ávila y cuando, al final, deciden volver a ella. No hay, pues, descripción topográfica alguna ni alusión a lugar abulense concreto. Si tópica es, por tanto, la localización de la trama, más aún lo es la referencia poética que canta el protagonista Lisardo acompañado de una guitarra:

"Adiós, bellísimas damas,
ante cuya hermosa imagen
fea parece la diosa
que en Chipre ordenan altares.
Adiós, academia ilustre,
fénix de aquellas edades,
a quien debe mi ignorancia
el no parecer tan grande.
Adiós, calles apacibles,
donde Narcisos galanes
la noche pasan y el día
por bellezas Anajartes."

⁷ Juan Pérez de Montalbán, *Sucesos y prodigios de amor*, ed. de Luigi Giuliani, Madrid, Montesinos Editor, 1992. Es esta edición la que he utilizado. La novela en cuestión se encuentra entre las páginas 259 y 300.

La historia, bien sencilla, narra el amor de una hermosísima y honestísima doncella abulense, Laura, que se había criado junto a su primo Lisardo, cuyo padre había marchado a América. Con el tiempo y la proximidad nació el amor entre los dos primos cuya carrera se vio truncada por el interés del padre de Laura. Éste decide casar a su hija con el rico Octavio. A partir de aquí surgen los sentimientos encontrados, el enredo de los malentendidos, la huida hacia Andalucía, la persecución, el robo por los bandidos, la cárcel cordobesa... y la aparición del padre de Lisardo a su regreso enriquecido de América que pone final feliz a las desventuras de los amantes y a la avaricia de su hermano.

La Soledad tercera de Cristóbal Lozano (1658)

Quizás menor perfección literaria, pero mayor grado de “abulensisimo” contiene la *Soledad tercera*, novela incluida en las *Soledades de la vida y desengaños del mundo* del licenciado Cristóbal Lozano, que vieron la luz en 1658 bajo el título de *Los monjes de Guadalupe* y a nombre de Gaspar Lozano, aunque la primera edición hoy conocida es la de Madrid de 1663 a cargo de Mateo Fernández. Hubo otras ediciones a lo largo de los siglos XVII y XVIII y un facsímil reciente⁸. Cristóbal Lozano nació en Hellín (Albacete) en 1609, estudió en Alcalá de Henares, se ordenó sacerdote y se doctoró en 1640. Fue párroco de Lagartera y murió en Toledo en 1667. Fue amigo de Pérez de Montalbán y, como él, poeta, dramaturgo, escritor moral y novelista. Varias de sus obras fueron publicadas a nombre de su sobrino Gaspar.

A diferencia de los *Sucesos y prodigios de amor*, las *Soledades de la vida* son cuatro “novelas ejemplares” unidas por un hilo común: se trata de las historias contadas en primera persona, a modo de flashback, de una serie de personajes que coinciden en las montañas de Guadalupe, a donde se han retirado como ermitaños. Los enredos son a veces rebuscados y el gusto del autor por lo truculento, por lo sobrenatural y por la naturaleza amedrentadora, como el número de muertes y las escenas nocturnas, han permitido hablar de una sensibilidad prerromántica.

La tercera de estas novelas, sin un título propio, narra la historia de Enrico, un eremita que había ya aparecido al comienzo de la *Soledad*

⁸ Cristóbal Lozano, *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, facsímil de la edición de 1663, introducción de Francisco Mendoza Díaz-Maroto, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses Don Juan Manuel, 1998. La *Soledad tercera* ocupa las páginas 61 a 107.

primera. Tras la presentación de rigor, el protagonista principia su historia contada, como queda dicho, en primera persona: "Ávila, ciudad de Castilla, tan noble, que hasta en las piedras de sus edificios campea la nobleza de sus mayores trofeos, fue mi patria, viendo en uno de sus soles los primeros giros de la luz, y recibiendo en una de sus Iglesias, las primeras lumbres de la Fe, con el agua santa del Baptismo". Enrico, acaudalado hidalgo huérfano, se enamora de Leonor, bella y discreta aunque pobre; ésta vive al cuidado de una avarienta tía que ha dispuesto su casamiento con un deudo suyo de sesenta años.

Indudablemente, Lozano conoce bien la ciudad y coloca los hechos en sitios reales y verosímiles. El primer encuentro entre los jóvenes, que se reduce a una entrega de billete amoroso, tiene lugar a la puerta de la iglesia de San Vicente, pues Leonor "tenía costumbre de ir sola con su esclava a oír Misa los más días a aquella santa iglesia", mientras para Enrico aquél era su paseo ordinario tardes y mañanas. Allí se encuentra con un amigo, de apellido Águila, ante quien Enrico desarrolla una ingeniosa treta para lograr sus intenciones. Por lo que aquí nos interesa, parte de la treta incluye una descripción de San Vicente en estos términos: "bien veis desde aquí todos aquellos remates de piedra, que adornando la techumbre de este templo sirven también de estribos para reparar los arcos, pues hanme dicho que ha poco se sentó un águila sobre uno de ellos, que es aquel séptimo en orden, contando desde esta orilla, y que viniendo diversas aves, y ocupando los demás, se levantó el águila y se subió sobre aquella excelsa punta, que respeto de las otras sirve de corona al edificio, como dando a entender, que la reyna de las aves ha de tener más encumbrado su asiento".

Otros pretendientes tenía la joven Leonor, entre ellos el hijo del corregidor, a quien Enrique reta a duelo "a las orillas de Santo Tomás". En el suceso, Enrico hiere mortalmente a un caballero y se ve obligado, ante la persecución de la justicia, a huir a Madrid. Pero no sin antes haber logrado su propósito de casar con Leonor una noche y con dispensa de las moniciones, merced a la amistad del cura de San Vicente y a los buenos oficios de un humilde y pobre ministral de la catedral.

Enrico permanece ausente de Ávila durante tres años y a su regreso, una vez obtenido el perdón, se encuentra con una amarga realidad: tras haberse difundido la noticia de que él había sido asesinado, Leonor fue obligada a casarse con el viejo deudo de su tía. Poco tarda Enrico en dar muerte a estos dos viejos y, avisado sobrenaturalmente, salva a Leonor, que vuelve a sus brazos. Pero perseguido de nuevo, tiene que refugiarse a sagrado en Santo Tomás, mientras Leonor se recogía en

las bernardas, es decir, Santa Ana. El tiempo parecía haber curado las heridas y el matrimonio hacía ya vida normal en la ciudad, cuando vino a ella como alcalde mayor un familiar de una de las víctimas y comenzó de nuevo la persecución silenciosa. Un día, estando en el Mercado, se encontraron cara a cara y Enrico volvió a sacar el estoque y malherir al Alcalde. Tuvo que huir "por la puerta de San Vicente, con disimulo de irme a Valladolid", pero al verse perseguido por las autoridades, más las familias de los Águilas y los Bracamontes, se refugió en "un monasterio de franciscos descalzos que estaba algo apartado de los muros". Debe de tratarse de San Antonio. Asaltado el convento por las autoridades, es detenido nuestro protagonista, encarcelado, condenado a muerte y ejecutado. Previamente, había muerto su mujer, tras conocer las noticias. Ambos fueron enterrados en una iglesia cuyo nombre se calla; el autor habla de la bóveda donde fueron enterrados, en la que podían ponerse en pie y deambular, lo que hace pensar en alguna cripta espaciosa como pudiera ser la de San Juan, pero puede tratarse de una ambientación literaria sin más.

La historia no acaba aquí, pues a veces las apariencias engañan... pero no es preciso desvelar el misterio para el propósito presente y dejemos en suspenso el final, para el lector interesado. Lo que aquí nos trae es esa presencia de lugares abulenses conocidos sin duda por el autor (San Vicente, Santo Tomás, Santa Ana, San Antonio). Y aunque para nosotros llame la atención, sólo hay una mención de pasada al monumento por excelencia, las murallas o "muros", cuando dice que el protagonista salió por la puerta de San Vicente; nada extraño en un país en que casi todas sus ciudades tenían todavía sus murallas en pie.

Conclusión

A parte del interés literario que estas dos obras menores puedan tener y de la curiosidad anecdotica para la historia local, sí parece interesante recalcar un elemento común que ambas obras presentan a la hora de evocar la ciudad abulense: Ávila, cuna de nobleza. El hecho es significativo por las fechas en que estamos, el siglo XVII, en el que la realidad de la ciudad debía de mostrar palacios y caserones llenos de escudos pero no de moradores. Ni se construían nuevos palacios, ni siquiera parece que hubiera mucho interés por mantener o reformar los del siglo anterior. Como ha escrito Serafín de Tapia, "desde el principio del siglo XVII el apelativo de *los caballeros* aplicado a Ávila hace referencia más

al pasado histórico que a la situación de la época”⁹. Abelardo Merino llega a decir que “Ávila pierde incluso su personalidad: en el año 1600 se ignora lo que es o no de buen tono, y los mismos de aquí se preguntan a sus parientes cortesanos los detalles de lo que han de hacer, hasta la forma de las gualdrapas de las cabalgaduras”¹⁰.

La fijación de la corte en Madrid (o el breve paréntesis vallisoletano) debió de dejar sin nobleza alta o baja, incluida la hidalguía, a la ciudad. Sin embargo, y quizás como reacción, surge una literatura sobre todo de carácter historiográfico, que tiende a reivindicar la presencia nobiliaria en la ciudad: la redacción de la *Crónica de la población de Ávila* a cargo o para el regidor Luis Pacheco a finales del siglo XVI¹¹, la *Historia de las grandes de Ávila* de Luis Ariz (Alcalá de Henares 1607) o el *Elogio de la casa de Velada* anónimo de 1612¹², muestran el origen noble de la ciudad y sus grandes familias. Precisamente el libro del P. Ariz ejerció notable influencia en otra obra del siglo XVII entre lo autobiográfico y la ficción: los *Comentarios del desengaño de sí mismo* de Diego Duque de Estrada. Descendiente de Sancho de Estrada, cuenta la historia de esta familia, “los terceros pobladores de la ciudad de Ávila”, y de los Águila, señores de Villafranca, “que yacen enterrados en su antigua y sumuosa capilla de los Águilas, en San Francisco de Ávila, en dos muy sumuosas urnas con sus nombres y cargos”¹³.

Tal vez estas y otras actitudes difundieron la imagen de una ciudad nobiliaria y caballeresca, del mismo modo que los escritores del siglo XX fijarían la imagen de una ciudad mística y conventual. Como las crónicas o los poemas liminares que incluyen Ariz y Cianca y que Merino Álvarez comenta¹⁴, las dos novelas aquí comentadas parecen sugerir la identificación del tópico “ciudad de caballeros” con Ávila, del mismo modo que elegirían Salamanca o Alcalá para hablar de una ciudad estudiantil, Sevilla como sede de una novela picaresca o de indianos, y Granada

⁹ Serafín de Tapia, “La nobleza abulense en el siglo XVI”, *Almena*, julio 1984, p. 15.

¹⁰ Abelardo Merino Álvarez, *La sociedad abulense durante el siglo XVI. La nobleza*, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de los Cuerpos de Intendencia e Intervención Militares, 1926, p. 207.

¹¹ Abelardo Merino Álvarez, *La sociedad abulense durante el siglo XVI*, p. 119. Manuel Gómez Moreno, “La Crónica de la población de Ávila”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXIII, cuaderno I, julio-septiembre 1943, pp. 13-14.

¹² Ángel Barrios García, “Historiografía...”, p. XXXVIII.

¹³ Diego Duque de Estrada, *Comentarios del desengaño de sí mismo. Vida del mismo autor*, edición de Henry Ettinghausen, Madrid, Castalia, 1982, pp. 79-87.

¹⁴ Abelardo Merino Álvarez, *La sociedad abulense durante el siglo XVI*, pp. 120-128.

o Toledo para narrar historias interconfesionales o interraciales. La imagen literaria actual de Ávila nos la presenta fría, desierta, silenciosa y religiosa; difícilmente podríamos imaginar escenas nocturnas como las que nos cuenta Cristóbal Lozano sin que a sus contemporáneos les chirriase, con coloquios amorosos en la reja y rondas nocturnas de músicos, quienes tras templar los instrumentos cantan a tres voces un romance. Como todo tópico, entre el mito y la realidad, este concreto cliché de Ávila, en cuya configuración habría sin duda intereses locales¹⁵, debió de figurar en el imaginario de Juan Pérez de Montalbán, Cristóbal Lozano y tantos otros españoles del siglo XVII.

¹⁵ Abelardo Merino Álvarez, *La sociedad abulense durante el siglo XVI*, p. 117: "Es tan importante la intervención de unas cuantas familias en los asuntos abulenses durante los siglos medios, y aun al principio de la época actual, que no debe extrañarnos que los de la Aristocracia, mirando el ayer de su ciudad como cosa propia, confundiendo la sangre de sus antepasados con las piedras de la población, en un amor común, se preocupasen de hacer estudios históricos o de recoger antecedentes para éstos, así como resulta naturalísimo el que las primeras *Crónicas* tomasen carácter típico, marcadamente nobiliario, en que es excepción hasta lo religioso".